

voces y palabras de la gente «sonaba más de una legua.»¹ Había figones, barberos, mozos de cordel, etc.; vendiéndose y contratándose todo por cuenta y medida; y hasta magistrados para dirimir las contiendas entre los traficantes. Existían también otras varias plazas de mercado; pero todas bien dispuestas y arregladas.

Surtíanse de agua potable los habitantes de la Ciudad, por medio de un excelente acueducto de «tierra compacta tan fuerte como la piedra, alto y ancho,» dice el cronista Herrera. El conducto era doble y estaba combinado de suerte que para limpiar uno, corría por el otro el agua «más clara que el cristal» (Herrera). Después el agua se vendía, comerciándose con ella, llevándose en las canoas que entraban á la Ciudad por los canales.

La Ciudad, al par del Imperio, tomaba cada día mayor incremento, debido al carácter emprendedor del pueblo y de sus monarcas: había llegado á ser el centro de la opulencia de todo el Anáhuac, y su desenvolvimiento material y desarrollo progresivo se acentuó desde el primer rey Acamapichtli, hasta Motecuhzoma Xocoyotzin (el joven). Itzcóatl dió tanta grandeza á su nación, que con justo motivo dice Chimalpain, y con él el Sr. Chavero, que «fué varón tan excelente, que no hay bastante lengua para alabarlo.»

En tiempo del primer Motecuhzoma (año 1446) la Ciudad sufrió una terrible inundación. El monarca remedió poderosamente los estragos causados por el mal; y se construyó un dique mandado ejecutar por consejo del sabio y prudente rey de Tetzaco, Nezahualcóyotl.

En 1451 una hambre espantosa sembró el terror en México, conservándose en nuestro Museo Nacional la piedra conmemorativa de semejante calamidad.²

¹ Bernal Díaz, HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA, Capítulo XCII.

² Véase mi CATÁLOGO DEL SALÓN DE MONOLITOS DEL MUSEO, ejemplar núm. 266.

El Imperio continuó floreciente; sus dominios habíanse extendido por remotas tierras, y sujetos á su yugo caminaban los pueblos que antes, por mandato del destino, tocó mirar desgraciada á la errante tribu Azteca. Pero, en los momentos que ésta caminaba hacia el progreso, la superstición se apoderó del ánimo del cobarde Motecuhzma, cuando sus agoreros y adivinos predijeron al espantado Emperador, que era presagio de destrucción y de ruina, un cometa que fulguraba con resplandores siniestros en el horizonte de México.

Los españoles, en efecto, acababan de arribar á las playas mexicanas; y apercebidos para escalar la Mesa Central de Anáhuac, pronto clavarían sobre las ruinas de la Ciudad Azteca el imperial pendón de Carlos Quinto.

CAPÍTULO TERCERO.

Ruina y toma de México.

Hernán Cortés.—La Villa Rica.—Presentes de Motecuhzoma á Cortés.—Éste se dispone á penetrar al territorio.—Se desliga de la autoridad del Gobernador de Cuba.—La *Malintzin*.—Alianza de los pueblos con Cortés.—Cholollan.—Tlaxcala.—El Valle de México.—Motecuhzoma y los hijos del Sol.—Reune aquél un consejo.—Palabras de Cuitláhuac.—Entrada de los españoles á México.—Muerte de Quauhpopoca.—Prisión de Motecuhzoma y de otros señores.—Pánfilo de Narváez.—Su derrota en Cempoala.—Regreso de Cortés á México.—Matanza en México mandada efectuar por Pedro de Alvarado.—Llega Cortés á México.—Muerte de Motecuhzoma.—Junta de capitanes.—Salida del ejército español de la Capital.—Es sentido por los mexicanos.—Derrota de Cortés.—La *Noche Triste*.—Cuitláhuac, Emperador.—Muere de viruelas.—Elevación de Cuauhtemótzin.—Cortés reune sus huestes dispersas.—Los bergantines.—Sitio formal de la Ciudad.—Plan de ataque.—Resistencia de los mexicanos.—Fuga y prisión del Emperador.—Palabras de éste ante Cortés.—Los españoles dueños de México.

Después de las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva, llegó á nuestras playas del Golfo de México el afortunado Capitán español D. Hernando Cortés, fundador de la Villa Rica de la Veracruz, desde donde se dispuso á penetrar al interior de las tierras que serían

teatro de sus conquistas, sabedor de la existencia del Imperio Mexicano. Súpose en México la llegada de la expedición española, y triunfante la superstición en el débil Motecuhzoma, apresuróse éste á enviar ricos presentes á Cortés.

El Conquistador se separó de la Villa Rica, donde nombró autoridades que legitimaran el cargo con que se investía á sí mismo, rompiendo lanzas con el Gobernador de Cuba, Velázquez, que había mandado á Cortés en expedición; y después de enviar pliegos al Emperador Carlos V, internóse hacia México. Su buena estrella le había deparado ya á su ángel tutelar, Doña Marina ó la *Malintzin*, mujer extraordinaria que no se separó de Cortés un solo instante.

El odio mortal que los pueblos limítrofes y tributarios del Imperio tenían á éste, los unió al puñado de aventureros españoles que seguían á Cortés al través del territorio; sería difícil é impropio en esta breve y condensada narración, seguir paso á paso al Conquistador; anotaremos sólo la huella sangrienta que los conquistadores dejaron en Cholollan; el rasgo de Cortés mandando barrenar las naves para que nadie pudiera retornar á Cuba; y su llegada á la interesante república de Tlaxcala (Septiembre de 1519). Aliado con tlaxcaltecas, huexotzincas y cholultecas, trepa por la cordillera, atraviesa el camino entre el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl, y contempla el panorama del Valle de México, en cuyo fondo se erguía majestuosa la Señora del Imperio, la Ciudad de la laguna.

Cortés con su improvisado ejército descansó en Amaquemecan (Ameca), cuya alianza obtuvo; luego pasó por Tlalnahuac y Ayotzinco, costeano al Sur el lago de Tetzaco hasta Iztapalapan.

En tanto que la falange aventurera se encaminaba hacia México, el Emperador juzgaba que los hijos del Sol, rubios y barbados, precedidos por el mismo Quetzalcóatl, llegaban procedentes del Cielo, y se apercibió á recibirlos con pompa.

Sin embargo, el infeliz monarca se llenaba de terror considerando que á aquellos hombres los tendría delante, y ansiaba evitar este suceso. Ya, cuando Cortés se hallaba en Veracruz, Moteczuma se apresuró á mandarle decir que no viniese á México «por ser la tierra estéril y fragosa;»¹ pero después, obligado por el espanto, reúne una especie de consejo ante el cual manifiesta sus deseos de saber qué debería hacerse con los españoles que tocaban las puertas de la Metrópoli; yérguese entonces el valiente Cuitláhuac, y en un arranque de dignidad y de energía suprema, exclama: «Mi parecer es, gran señor, que no metas en tu casa á quien de ella te eche.»² Moteczuma, empero, abrió de par en par las puertas del Imperio al audaz Conquistador y á sus soldados, y en 8 de Noviembre de 1519 entraron á la Capital como huéspedes de ésta. El mismo Bernal Díaz, lisonjeándose de la heroicidad de sus compañeros, dice: «Miren los curiosos lectores esto que escribo, si habrá bien ponderar en ello, ¿qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?»³ Los españoles fueron regiamente alojados en el palacio de Axayácatl.

Después de una visita detenida á la Capital, Cortés con su perspicacia comprendió que se hallaba en medio de una Ciudad donde con suma facilidad podía ser aniquilado; y desde ese instante necesitó desplegar todo su tacto, su ingenio y su valor. Tenía precisión de obrar con prudencia y rapidez para el desarrollo de sus planes, y ante todo concibió la idea de apoderarse ingeniosamente de la persona misma del Emperador, fingiendo una comedia, en que pereció Quauhpopoca, señor de Nautlan, y no contento Cortés con tal hecho, aprehendió á Motecuhzoma y después á otros varios encumbrados señores, declarados enemigos de los españoles.

1 Bernal Díaz, HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA, cap. LXXII.

2 Chavero, MÉXICO Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS, I, pág. 385.

3 HISTORIA VERDADERA, pág. 74.

Un acontecimiento inesperado pero que fué decisivo para afianzar la conquista, hizo salir de México á Don Hernando. Pánfilo de Narváez, un enviado del Gobernador Velázquez, había llegado procedente de Cuba, acampando en las tierras de Cempoala en Veracruz. La suerte quiso favorecer á Cortés: sorprende á Narváez alojado en el Templo Mayor del mismo Cempoala; ¹ lo derrota, refuerza su ejército y emprende de nuevo la marcha para el interior del Imperio.

En tanto, Pedro de Alvarado, á quien encomendó Cortés, durante su ausencia, la custodia de la Ciudad de México, después de conceder á los mexicanos el permiso para la celebración de la fiesta de la insensación de Huitzilopochtli, que caía en el mes *Toxtli*, ² ordenó una matanza horrible que, á no haber llegado Cortés tan á tiempo, aniquilan á todos los españoles que estaban en la Ciudad. Calmóse un tanto el desorden; pero desde ese día fatal, recios combates se sucedieron. En uno de tantos, pensando Cortés la manera de calmar los irritados pechos, hizo asomar á Motecuhzoma á la azotea del palacio donde estaba prisionero: la presencia del soberano, que otras veces había producido resultado favorable, sirvió para acrecentar la indignación del pueblo enfurecido, y según cuentan algunas crónicas, parece que, en un arranque de justo patriotismo, la multitud lapidó al monarca, que cayó muerto por certero golpe.

Grave y muy comprometida se hacía cada vez más la situación del ejército español. Cortés reunió en junta á sus principales capitanes, y teniendo en cuenta la distracción de los mexicanos para nombrar á su nuevo Emperador, resol-

¹ En uno de los Salones de Historia de nuestro Museo Nacional, puede verse un modelo en madera, hecho á escala, de todo el recinto fortificado de Cempoala, según las exploraciones y estudios llevados á cabo por el Director del mismo Museo D. Francisco del Paso y Troncoso, el año 1890.— Véase el núm. 73 de mi GUÍA PARA VISITAR LOS SALONES DE HISTORIA, del repetido Museo.

² Según Clavigero, correspondiente al 13 de nuestro Mayo.

vieron los conquistadores abandonar la Capital. Organizóse la marcha por la calzada de Tlacopan, que presentaba más facilidades, y amparados por las sombras de la noche, avanzaban á la vanguardia Alonso de Avila y Gonzalo Mejía, conductores del quinto real; Gonzalo de Sandoval y Diego de Ordaz y otros capitanes, á caballo; doscientos peones y veinte jinetes; cuatrocientos tlaxcaltecas conduciendo un puente de madera custodiado por cincuenta hombres; Cortés acompañado de Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia, y seguidamente la artillería, los aliados, los prisioneros, etc., etc., cerrando la marcha Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León: total, cerca de ocho mil hombres. El movimiento de tan largo convoy, fué sentido al fin por los mexicanos; los roncós sonidos del caracol de guerra escucháronse presto; y como un alud se precipitan los mexicanos sobre la retaguardia de los fugitivos. Alvarado resiste valeroso; los canales y fosos pronto se ven cubiertos de cadáveres, y después de encarnizada lucha, desbaratado el ejército de Cortés, muy posible es que éste haya derramado de rabia el legendario llanto al pie del templo de Tlacopan, ¹ cuando aun no habían desaparecido del todo las sombras de esa noche memorable que en la historia lleva el nombre de la *Noche Triste*.

* * *

Los mexicanos habían elevado al trono al joven Cuitlahuáztin, valiente luchador que se dispuso denodado á defender á su patria, y á reconstruir los templos y casas arruinadas

¹ Aun cuando los historiadores consignan el hecho de que Cortés lloró después de la rota de sus huestes, en el fondo no hay más apoyo que el de la tradición: indícase que el caudillo derramó lágrimas bajo el sabino de Popotla, llamado el *Ahuehuete* ó *Arbol de la Noche Triste*; sobre el particular, he aceptado la opinión del Sr. del Paso y Troncoso, de que el suceso tiene visos de haber acaecido más bien en las gradas del Templo de Tacuba.— Véase en mi GUÍA DE LOS SALONES DE HISTORIA DEL MUSEO, el núm. 109.

por las recientes luchas contra los españoles; pero por desgracia sucumbió (Diciembre de 1520) al poco tiempo, víctima de la epidemia del *teozáhuatl* (grano de Dios), la viruela, que había traído á México un negro de la expedición de Narváez. Entonces ocupó el lugar de Cuitláhuac el valeroso y esforzado Cuauhtémotzin, joven también, de veinticinco años.

Mientras Cuauhtémoc empuñaba el cetro del Imperio, Cortés reunía sus dispersas huestes; practicaba reconocimientos por el Valle; tomaba la Ciudad de Tetzoco, desde donde podía espiar los movimientos de los mexicanos; organizaba expediciones; ó se hacía de nuevos aliados, y apercebíase con admirable aliento, á pesar de sus descalabros, á emprender el formal sitio de la Capital; para lo cual mandó construir unos bergantines con la madera, el velamen, la jarcia, etc., de las naves destruídas de orden suya en Veracruz; bergantines que se botaron al lago solemnemente en 28 de Abril de 1521.

El penúltimo día de Mayo, Cortés empezó el ataque formal de la Ciudad, situando su cuartel general en el fuerte de Xoloc. «El plan de ataque de Cortés—dice Alamán—era dirigir contra la Ciudad tres cuerpos por las principales calzadas, conservando la comunicación entre ellos y cortándola al enemigo con la tierra firme por medio de los bergantines que eran una especie de lanchas cañoneras de las de nuestro tiempo.» Alvarado ocupó la calzada de Tacuba, con 168 infantes españoles, 30 caballos y 25,000 tlaxcaltecas; Cristóbal de Olid se situó en Coyoacan con una fuerza semejante á la anterior, y debía avanzar hacia la Capital, y Gonzalo de Sandoval atacaría por la calzada de Iztapalapan. El acueducto de Chapultepec se cortó previamente; y auxiliados los españoles por los pueblos

1 DISERTACIONES SOBRE LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA MEXICANA, Segunda Disertación, pág. 121 del tomo I. El mismo Alamán en esta obra, publica un curioso *Mapa del Valle de Megico* (sic) *para la inteligencia de las operaciones del sitio de la capital en 1521.*

comarcanos, llegaron á reunir un total de 150,000 hombres.¹

«Los mexicanos—sigue diciendo Alamán—no habían omitido diligencia para hacerse de auxiliares: procuraron persuadir á los tlaxcaltecas de sus verdaderos intereses: llamaron en su socorro al rey de Michoacan. ¡Todo en vano! Pero abandonados de todos, no se abandonaron por eso á sí mismos, y con la resolución de los Saguntinos y Numantinos, determinaron defenderse hasta quedar sepultados bajo las ruinas de su patria.»²

Así fué, en efecto; no intentamos describir los horrores del sitio; los peligros que corrió Cortés, personalmente; las muestras de valor heroico dadas por todos los sitiados á cuya cabeza se encontraba su gallardo y noble soberano. El perímetro del sitio iba estrechándose cada vez más. Llegó el mes de Agosto. Tlatelolco era ya el único punto que poseían los mexicanos; pero bien pronto el ejército de la Conquista se vió dueño de aquel lugar; según el dicho de la generalidad de los historiadores, sólo quedaba sin ocupar el terreno comprendido entre el Carmen y Santa Ana. Con los escombros que á su paso dejaban los sitiadores, se rellenaban los fosos ocupándose las trincheras.

Bernal Díaz refiere que Cortés, desesperado por no haber alcanzado del Emperador ni una promesa de paz, mandó á Gonzalo de Sandoval penetrar con los bergantines hasta el último rincón de la Ciudad, que pudiera tocarse por agua. Pero ya en el campo mexicano se había dispuesto salvar á Cuauhtémotzin. Viéndose éste cercado por las naves de Sandoval, trató de escapar en una piragua donde entró el monarca con su familia y sus principales dignatarios; y aun cuando los mexicanos trataban de distraer á los españoles, las canoas imperiales fueron vistas por el capitán Juan García de Olguín, quien violentamente dirigió la nave que tripulaba rumbo á la canoa de

1 Alamán, DISERTACIONES.

2 *Ibid.*

Cuauhtémoc, aprehendiéndola al momento. Poco después, colocado Cortés en una azotea de Tlatelolco, en un estrado que había mandado aderezar; acompañándole sus oficiales y Doña Marina, recibió al desgraciado monarca, quien encarándose con el conquistador, le dijo: «Malintzin: he hecho cuanto estaba obligado á hacer en defensa de mi ciudad y mis vasallos; no puedo más; y pues vengo por fuerza y ante tu persona, toma ese puñal que traes en la cinta y mátame luego con él.»

Este suceso se efectuó en 13 de Agosto de 1521, día de San Hipólito y después de setenta y cinco días de sitio. Desde esa fecha memorable, la Ciudad quedó en poder de la Conquista, durante tres largas centurias.

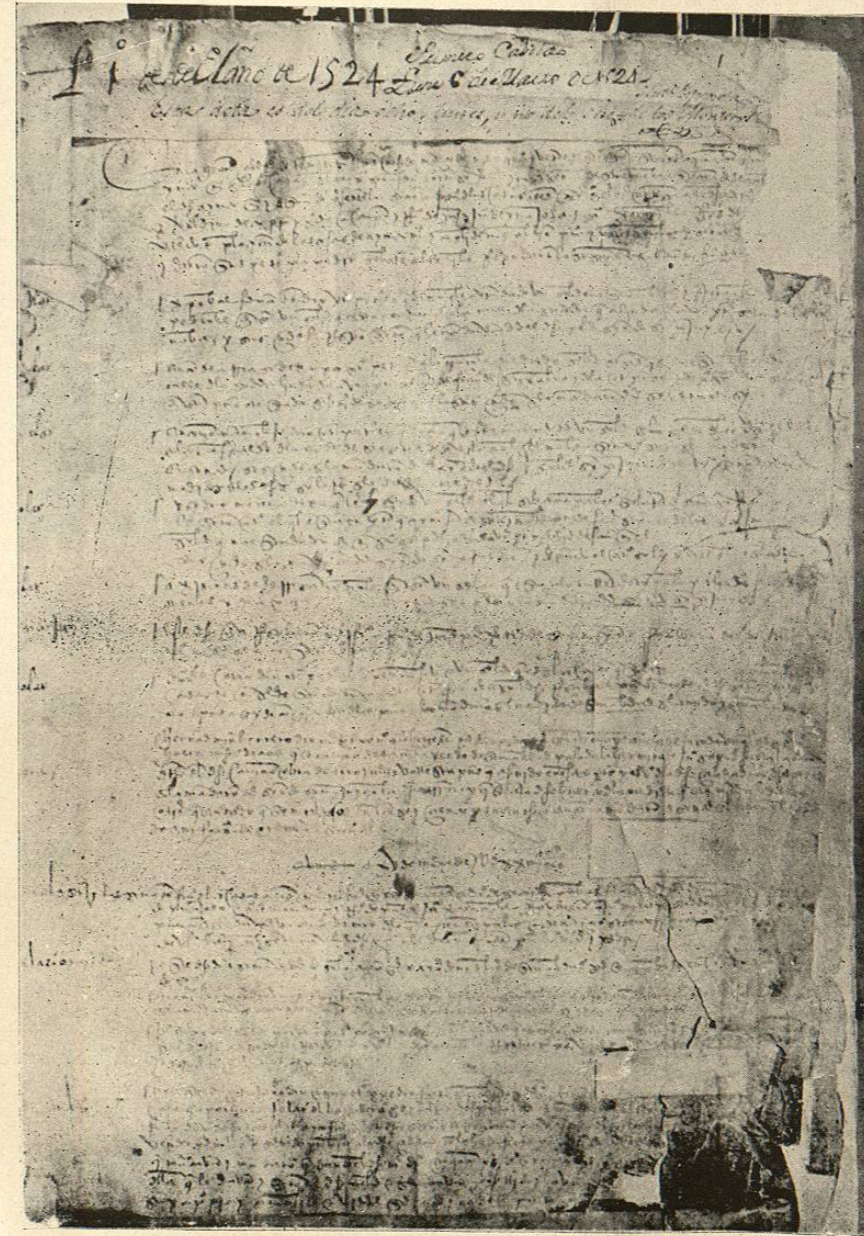
CAPÍTULO CUARTO.

Reconstrucción de la Ciudad.—El México Moderno.

Las ruinas del México Azteca.—Cortés en Coyoacan.—Las primeras Autoridades.—Se determina fundar la Capital de la Colonia sobre la antigua México, conservando este nombre.—Ventajas y desventajas.—La *traza*.—Los suburbios.—Distribución de solares.—Empieza la reconstrucción de la Ciudad.—El primer edificio.—Las *Atarazanas*.—Las casas primitivas.—Los canales y acequias.—Las *calles de agua*.—Las calles comprendidas dentro de la *traza*.—Las de los arrabales.—Nombres antiguos de algunas calles.—Las casas *nueva* y *vieja* de Moteczuma.—El Palacio del Gobierno.—El del Ayuntamiento.—Otros lugares históricos.—Población de México en 1524.—Las órdenes religiosas.—Las iglesias y los conventos.—La Inquisición.—La Universidad: San Ildefonso: San Juan de Letrán, etc.—Hospitales.—Casas notables de particulares.—El arte en México.—Relación de Torquemada á principios del siglo XVII.—El Parián.—Otros detalles.—Época del 2º Revilla Gigedo.—Resumen del México Colonial.—El México nuevo.—La transformación de la Ciudad.—Desaparición de los conventos.—Ensanche de la Capital.—Conclusión de este capítulo.¹

Las dos distintas ciudades de Tenochtitlan y Tlatelolco, centro de diversas monarquías, habíanse reunido en una sola, gracias á que el poder de la primera hubo domeñado á la se-

¹ Para escribir este Capítulo, he tenido presentes: las crónicas de los primeros historiadores de la Conquista, incluso las CARTAS del mismo Cortés; los DIÁLOGOS de Cervantes Salazar, escritos en 1554; las DISERTACIONES 8ª y 9ª del Sr. Alamán; la DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD DE MÉXICO, por el Sr. Orozco y Berra; el MÉXICO VIEJO, por D. Luis González Obregón (Edición ilustrada), etc., etc.—Véanse también mis APUNTES DE EPIGRAFÍA MEXICANA.



Primera página del primer libro de Actas de Cabildo del Ayuntamiento de México.